

El Humanismo:

CONFIANZA EN EL HOMBRE – RUINA DE LAS NACIONES

Sermón basado en Isaías, Capítulo 3¹

Por Jean-Marc Berthoud

El tercer capítulo de Isaías nos muestra que el lugar donde colocamos nuestra confianza es algo que tiene una gran importancia. Ello inevitablemente tendrá repercusiones, no sólo de una clase personal y espiritual, sino también política y socialmente. Mientras que colocar la confianza de uno en la voluntad de Dios produce una vida personal saludable, y por ende, una sociedad saludable, colocar la confianza de uno en el hombre – el corazón de toda idolatría – resultará en un desorden en la vida personal y producirá una sociedad corrupta. Tal auto-adoración producirá con toda seguridad el juicio de Dios sobre los individuos que la practican, pero también producirá la ira de Dios contra las sociedades y naciones que le dan la espalda al Dios vivo que conocieron al colocar su confianza en las criaturas en lugar de confiar en el Creador. El profeta describe los efectos de este error mortal en Isaías Capítulo 3.

Nuestro texto está dividido en tres partes:

- A. Se pronuncia el juicio de Dios contra las sociedades y las naciones que colocan su confianza en el hombre (vv. 1-7).
- B. Dios evalúa el estado del reino de Judá y pronuncia su juicio divino sobre aquellos que dirigen de este modo a la nación hacia su destrucción (vv. 8-15).
- C. Finalmente, Isaías describe los efectos corruptores de esta confianza en el hombre sobre la conducta de las mujeres que pertenecen al liderazgo de Jerusalén y Judá.

A. EL JUICIO DE DIOS SOBRE LAS SOCIEDADES Y NACIONES QUE COLOCAN SU CONFIANZA EN EL HOMBRE

1. *Dios retira todo el apoyo*

Los habitantes de Judá habían declarado su independencia del mismo Dios y se dedicaron a dirigir sus asuntos políticos sin ÉL, excluyendo al Dios Soberano de sus vidas, confiando en ellos mismos y en su habilidad para manejar las causas secundarias, i.e., causas creadas: alianzas externas, la fortificación de ciudades, el poder financiero, el comercio internacional, la fortaleza militar e incluso la invocación y manipulación de los poderes ocultos. Ahora Dios entra en juicio contra Jerusalén y contra Judá, y su juicio tomará una forma muy precisa, la de retirar todo apoyo (legítimo e ilegítimo) con el cual su pueblo había reemplazado la confianza exclusiva que debía colocar en Dios.

Porque he aquí que el Señor Jehová de los ejércitos quita de Jerusalén y de Judá al sustentador y al fuerte. (V. 3:1a)

¹ Predicado en la Iglesia Bautista Evangélica, Lausana, Suiza, en 1997. Traducido y adaptado del francés por Ellen Myers.

Es Dios mismo, el Dios del pacto, el Señor – *Yahvé* – el Dios Soberano de toda la tierra, el Señor de los ejércitos – *Adonai Sabaoth* – quien interviene para retirar todo apoyo tanto de Judá como de Jerusalén. Él le mostrará a su pueblo la vanidad, la necedad, la locura de confiar en los ídolos y especialmente en este ídolo supremo: el hombre.

Sin embargo, las consecuencias de tal infidelidad no son simplemente espirituales e individuales. Tal alejamiento de Dios también tiene consecuencias sociales y políticas. Pues tal confianza engañosa en el hombre conduce al colapso de la sociedad.

Esta destrucción tiene dos aspectos, uno material, el otro estructural. Al examinar de cerca estos dos aspectos, veremos que Dios impacta a su pueblo de una manera muy precisa al retirar de ellos los mismos medios en los que habían colocado de manera malvada su confianza.

2. *Dios retira los apoyos materiales*

Dios retira de Judá y Jerusalén “todo sustento de pan y todo socorro de agua” (v. 1b). Estos son los medios – agua y pan – más esenciales para la supervivencia de la nación, y que son retirados de primero. Puesto que Judá había ofendido al Creador, es justo que las bendiciones del pacto de la creación les deban ser retiradas de primero. El pan y el agua se desvanecen como el humo. Hay sequía y hambre. Desaparece el fundamento material de la vida del país. Cierto, las causas naturales, las causas secundarias, producirán esta sequía. Pero estas causas secundarias reales se hallan totalmente bajo el control del Dios Soberano que utiliza su funcionamiento normal según su buena voluntad: como bendición o como maldición, según sea lo requerido por la conducta de su pueblo.

3. *Se retiran los apoyos estructurales*

Luego sigue la desaparición de las élites del país. Se derrumban las estructuras del gobierno de la nación. Las élites ya no están allí. Dios retira de Jerusalén y de Judá

*el valiente y el hombre de guerra,
el juez y el profeta,
el adivino y el anciano;
el capitán de cincuenta y el hombre de respeto,
el consejero, el artífice excelente
y el hábil orador. (vv. 2-3)*

En el plano histórico esta profecía se refiere sin duda alguna a la primera deportación de Jerusalén por parte de Nabucodonosor en el año 598 a.C. Luego, por un dramático acto de guerra, por un acto que muestra el poder trascendente de Dios sobre la historia, las élites de Judá fueron deportadas a Babilonia (2 Reyes 24:14-16).

Pero nuestro texto nos habla sobre todo de otra forma del juicio de Dios – inmanente, sociológico e histórico – donde Dios actúa a través del proceso normal de descomposición de una sociedad que rechaza las normas de su salud y vida. Por este medio Dios destruye *en la actualidad* la estructura social de las naciones que le conocieron una vez pero que hoy se levantan en su contra. Veamos como Isaías describe el proceso del colapso de las estructuras de gobierno del reino de Judá.

(a) Los primeros en desaparecer son *el valiente y el hombre de guerra*. Lo que se menciona aquí de primero es la habilidad de un país de defenderse a sí mismo. En el año 598 a.C. esta habilidad fue destruida por la derrota sufrida por Judá a manos de los babilonios y por la deportación de todos sus altos oficiales militares y civiles hacia Caldea. Pero, como podemos ver por todas partes el día de hoy en Occidente, es posible hacer que desaparezca la habilidad defensiva de una nación por medio de la auto-destrucción de su estructura de mando. Un país que ha conocido a Dios y que le rechaza, verá como los medios militares necesarios para asegurar su defensa desaparecen de acuerdo con su apostasía.

(b) Luego Dios retira al *juez y al profeta*. Aquí también podemos ver la desaparición, por la corrupción interna, de estas dos funciones tan esenciales para la vida y para la estructura saludable de toda sociedad: el ejercicio de la justicia y el discernimiento preciso del bien y el mal. El magistrado, que aquí representa el poder del Estado, puede haberse tornado débil. La habilidad de gobernar puede desaparecer. Las virtudes de la fuerza y la prudencia, que le dan autoridad a aquel que está a cargo de gobernar una nación, pueden serle retiradas. Los magistrados pueden llegar a ser tan débiles que llegan a ser incapaces de liberarse de las corrientes de opinión que invaden al público aquí y allá.

Pero hay más. Se menciona aquí al profeta junto con el juez. El profeta del tiempo de Isaías – aquel que proclama fielmente la palabra que Dios le ha dado para que la anuncie al pueblo y a sus líderes – debe estar asociado con la iglesia obediente que también debe llevar a cabo esta tarea profética. Pues Dios no le ha dado a la iglesia el uso de la fuerza como medio para permitirle imponer la verdad que debe proclamar a la nación; por otro lado, el Estado, los magistrados, aunque tiene la fuerza (la espada – Rom. 13), no es capaz por sí mismo de definir de manera exacta y justa la diferencia entre el bien y el mal. Por eso el magistrado depende de la predicación fiel de la palabra de Dios por parte de la iglesia, lo que le dará la perspicacia que necesita para llevar a cabo con justicia su tarea necesaria. Y en la actualidad, la palabra de profecía – es decir, la predicación fiel de la palabra de Dios por parte de la iglesia – ha sido retirada de nuestras naciones por Dios mismo. Por lo que no es más que un juicio terrible, Dios ha permitido la expresión de críticas destructivas de la Biblia en los departamentos teológicos de las universidades y de los seminarios. La consecuencia de esto ha sido la desaparición de la predicación fiel de la palabra de Dios en casi todas las iglesias.

(c) Dios retirará *al adivino y al anciano*. Una vez que la predicación bíblica ha sido retirada, una vez que la administración de justicia ya no tiene una raíz trascendente en Dios y en su ley infalible, los hombres – quienes tienen una necesidad irresistible de certidumbre – se vuelven a aquellos que afirman tener revelaciones sobre el más allá: los adivinos. Los ancianos sabios de la tierra confían en estas falsas revelaciones, y al hacerlo pierden toda su sabiduría; en lugar de ser un apoyo para aquellos que dirigen la nación llegan a ser una fuente de confusión y debilidad.

Cuando los políticos consultan a los adivinos – o a la predicación fraudulenta de supuestos Cristianos responsables (o aquella nueva forma de adivinación llamada “encuestas de opinión pública”) – el poder está próximo a perder toda autoridad real, toda habilidad para gobernar correctamente al país.

(d) Luego Dios retira *al capitán de cincuenta y al hombre de respeto*, es decir, aquellos que tienen posiciones administrativas a nivel local (el grupo de cincuenta) y a nivel del gobierno de la

realeza, aquellos que gozan del favor del rey.

(e) Luego Dios retira *al consejero y al artífice excelente*. Desaparecen aquellos que tienen sentido común, o si no, si aún existen, se ven impedidos de alzar la voz, y de este modo se pierde el consejo que podrían haberle dado a todos. La desintegración del país lleva a la destrucción de los negocios honestos, a la desaparición de los trabajadores capaces, conscientes y honestos. ¡Qué desastre para un país cuando uno ya no puede encontrar buenos artesanos!

(f) Finalmente, y aquí somos impactados por la mordaz ironía del profeta, Dios incluso retirará a aquellos que se han convertido en los consejeros preferidos del gobernante, *el hábil orador*, los expertos en las artes ocultas.² No es algo que se quede sin castigo, nos dice el profeta, que uno le dé la espalda a Dios, que uno rechace Su buena ley, la ley que, como una de sus funciones principales, le da a la nación estructuras saludables, la ley que es la fuente de la vida social y de la salud pública.

4. *La desaparición de las estructuras saludables de la sociedad – injusticia y anarquía*

La nación se ha revelado contra Dios. Ha colocado su confianza en el hombre y en los medios puramente humanos y terrenales. Dios y las demandas de su ley han sido totalmente descartadas de la vida pública. ¿El resultado? Dios mismo retira todas las estructuras saludables de la sociedad (v. 1). Pero la extensión de su juicio no se limita a la remoción. Él hace más. Él da. Le da a la tierra nuevos líderes, no para su bien sino como consecuencia de su primer juicio con el objetivo de completar la destrucción de la nación que se ha rebelado contra Él (v. 4). El propósito normal de la autoridad dada por Dios es reprimir las fuerzas del caos presentes en toda sociedad (Rom. 13). Ahora Dios le dará a Judá líderes débiles. Esto resultará en un incremento de la anarquía que ya ha echado raíces en el país. De modo que leemos en nuestro texto estas terribles palabras:

*Y les pondré jóvenes por príncipes,
y muchachos serán sus señores.
Y el pueblo se hará violencia unos a otros,
cada cual contra su vecino;
el joven se levantará contra el anciano,
y el villano contra el noble.
Cuando alguno tomare de la mano a su hermano,
de la familia de su padre, y le dijere:
Tú tienes vestido, tú serás nuestro príncipe,
y toma en tus manos esta ruina;
él jurará aquel día, diciendo: No tomaré ese cuidado;
porque en mi casa ni hay pan, ni qué vestir;
no me hagáis príncipe del pueblo. (vv. 4-7)*

De modo que, el juicio de Dios sobre aquellos que colocan su confianza en el hombre no se limita a retirarles todo el apoyo que tengan, sino que aún les da apoyos falsos, apoyos dañinos, apoyos que destruirán totalmente a la nación.

² La versión de la Biblia en Inglés dice literalmente: *encantadores astutos – “clever enchanters.”* (N. del Tr.)

(i) *El gobierno de los jóvenes*

Estos ya no son las autoridades legítimas del país: los ancianos, los líderes de guerra, jueces, padres, maestros, empresarios, quienes sostienen el destino de la nación en sus manos, son simples muchachos, gente joven, adolescentes. El mundo está al revés. Los niños les dan órdenes a sus padres, los estudiantes a sus maestros, los soldados a los oficiales, los miembros de la iglesia a los pastores, la gente al gobierno. En una palabra, es la opinión, y quienes forjan las opiniones, quienes gobiernan como amos.

Nuestro texto nos habla sobre todo de aquel espíritu del adolescente que llega a ser para algunos la forma permanente de su carácter. Pues en toda sociedad no estructurada mucha gente se queda adolescente toda su vida. Nunca llegan al estado de adultez; toman sus sueños como si fueran la realidad, y si desdichadamente llegan a obtener el poder, incluso les imponen sus utopías a la totalidad de sus sociedades. Son tales adolescentes perpetuos, los Robespierres, los Saint Justs, los Lenins, los Hitlers, los Mao Tse Tungs, los Pol Pots (y se podrían añadir muchas otras figuras contemporáneas a la lista) quienes han establecido la era del totalitarismo, la era de las utopías idealistas, que derraman sangre y destruyen a toda la comunidad humana.

¡Hoy hay muchas naciones gobernadas por muchachos! E. J. Youngs explica muy bien el pleno significado de nuestro texto “Con toda probabilidad Isaías no habla aquí simplemente de aquellos que son jóvenes de edad, sino de aquellos que en su experiencia y habilidades son tan débiles e incompetentes que actúan como la gente joven... Esta falta de madurez, de juicio y de decisión pueden causar un inmenso daño a la nación... La nación sería afligida por una masa de burócratas y líderes ineptos que surgirían de los residuos de la sociedad. Cuando los hombres cuya experiencia y madurez son las de los niños asumen las riendas del estado, lo que sigue de manera inevitable es el caos.” Y este es el caos que nuestro texto continúa describiendo.

(ii) *Conflicto y anarquía*

En lugar de cooperación social lo que sigue es una competencia acalorada. La guerra de clases, la guerra entre las generaciones (y los sexos), la enemistad de cada hombre contra su prójimo, sustituyen la armonía de los elementos de la sociedad que están hechos para complementarse y ayudarse los unos a los otros.

Todo se hace añicos bajo la débil conducción de líderes incapaces; la anarquía se apodera de todo; los hombres con corazones naturalmente malvados se manifiestan abiertamente como enemigos de sus prójimos. La sociedad se convierte en un nido de ratas destruyéndose las unas a las otras. Puesto que ya no existe un poder público que restrinja el mal, los elementos más perversos de la sociedad son los que toman el control. Puesto que la justicia ya no se orienta por una lealtad trascendente, que ya no se fundamenta en la ley de Dios, el juez pervierte el ejercicio de su función incluso hasta el punto de justificar al criminal y condenar al inocente. Aquí Isaías pone su dedo sobre los elementos característicos de tal sociedad.

(a) La opresión y la fuerza determinan la conducta habitual de toda la población. Triunfa el más fuerte, el más rapaz, el más cínico. Ganan los fuertes y los débiles son aplastados. Como dice el inglés: la vida se ha convertido en una carrera de ratas.

(b) Los niños tratarán a las personas mayores con arrogancia, los adolescentes atormentarán a

sus ancianos, los jóvenes atacarán despectivamente a los viejos. Esto es porque el niño, debido a la destrucción de las estructuras bíblicas de la familia y la escuela, simplemente no ha sido educado; sus malas inclinaciones no han sido reprimidas. Se ha olvidado el Mandamiento de honrar a los propios padres. La gente ya no entiende el significado de esta ordenanza de Levítico: “Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano, y de tu Dios tendrás temor. Yo Jehová.” (Lev. 19:32).

(c) Finalmente, sin el respeto de los jóvenes por las generaciones mayores no puede existir ninguna transmisión de conocimiento, ni de sabiduría. Es evidente que en tal sociedad lo que tomará el control es lo vulgar y lo vil. Esto es lo que se llama el colapso cultural de la sociedad, el gobierno del denominador más bajo, más horrendo y más débil.

No hay remedio en una situación así. Es el gobierno universal de la mediocridad. En tal situación de anarquía espiritual, moral, social y política se apela a cualquier tipo de presunción social para tratar de remediar la situación. Pero esto se base sobre una base exclusivamente política. Los criterios de elección son de lo más insignificante: “¡Tú tienes un abrigo! Te desenvuelves bien en la plataforma. Luces bien, resultas agradable para las votantes mujeres” etc. Todos pasan de lado, afirmando no tener la vocación de enfermera, de trabajador social, y afirmando no ser capaz de asumir la sanidad del Estado. Todos rechazan el reto, rehusando la responsabilidad de los asuntos públicos. Y sin duda alguna es mejor de este modo cuando pensamos en los hombres que en la historia reciente descubrieron en sí mismos una vocación como salvadores de su nación: un Napoleón, un Lenin, un Mussolini y un Hitler. Stalin, el “pequeño padre del pueblo,” en realidad se veía a sí mismo como “el principal ingeniero de la sociedad.”

B. CÓMO DIOS MIRA EL ESTADO DE LA NACIÓN

*Pues arruinada está Jerusalén, y Judá ha caído;
porque la lengua de ellos y sus obras han sido contra Jehová
para irritar los ojos de su majestad.
La apariencia de sus rostros testifica contra ellos;
porque como Sodoma publican su pecado, no lo disimulan.
¡Ay del alma de ellos! porque amontonaron mal para sí. (vv. 8-9)*

Jerusalén tambalea. No, peor, se derrumba. Y la causa de su derrumbe nacional es evidente. Por sus palabras y sus hechos, en teoría y en la práctica toda la nación se ha vuelto contra Dios. Además, cuando finalmente se vuelve hacia Dios, no es para volverse a Él en un movimiento de arrepentimiento y fe, sino para burlarse de Él, para insultarle, para desafiar su gloriosa presencia (v. 8).

Su misma audacia testifica contra ellos, nos dice el texto. Es decir, ya ni siquiera tratan de cubrir con un barniz de supuesta piedad la expresión de sus sentimientos de odio contra Dios. Igual que Sodoma incluso publican abiertamente y propagan a plena luz del día, con arrogancia y orgullo, sus odiosos pecados. Ni siquiera tratan de ocultar sus vicios como lo hacen los hipócritas quienes, por su misma duplicidad, aprueban indirectamente lo bueno que no hicieron. Abandonado a esta perversión el hombre afirma de esta manera que es libre, que puede cometer cualquier hecho infame, cualquiera que sea. ¡Y ay de aquellos que se atrevan a reprocharlos en lo más mínimo! Este es el espíritu indómito, el mismo espíritu del Anticristo, el supremo enemigo de

Dios, el hombre y de la sociedad.

*¡Ay del alma de ellos! porque amontonaron mal para sí.
Decid al justo que le irá bien,
porque comerá de los frutos de sus manos.
¡Ay del impío! Mal le irá,
porque según las obras de sus manos le será pagado. (v. 9b-11)*

Uno cosecha lo que haya sembrado. Pero este principio es igualmente válido para el justo, para aquel que se afirma en la justicia de Cristo. Y en este cuadro oscuro aparece una maravillosa promesa: “Decid al justo que le irá bien, porque comerá de los frutos de sus manos” (v. 10). En la catástrofe general de la nación Dios preserva un remanente justo, un remanente que Él sustentará, protegerá y dirigirá sin falta y en triunfo hacia su reino.

Dios nota el estado del gobierno de la nación rebelde y establece su tribunal para el juicio.

*Los opresores de mi pueblo son muchachos,
y mujeres se enseñorearon de él.
Pueblo mío, los que te guían te engañan,
y tuercen el curso de tus caminos. (v. 12)*

El mundo se ha vuelto al revés. Los jóvenes, las mujeres, los débiles y los seres caprichosos oprimen al pueblo. Estos mismos líderes, aquellos que debiesen dirigir al pueblo rectamente, son los mismos que los extravían, quienes les hacen perder el camino correcto. Y no solamente dirigen al pueblo por caminos equivocados, sino que incluso se esfuerzan por eliminar todos los trazos que aún pudieran mostrar el buen camino. Desechan, destruyen, hacen intransitable, bloquean el camino de la verdad y la vida convirtiéndolo en laberintos de mentiras que se oponen a la ley de Dios. Ahora el desastre de la nación se encuentra en su cúspide. Es difícil imaginar que el mal pueda avanzar aún más. En este extremo Dios se levanta para juzgar:

*Jehová está en pie para litigar,
y está para juzgar a los pueblos.
Jehová vendrá a juicio contra los ancianos de su pueblo
y contra sus príncipes;
porque vosotros habéis devorado la viña,
y el despojo del pobre está en vuestras casas.
¿Qué pensáis vosotros que majáis mi pueblo
y moléis las caras de los pobres?
dice el Señor, Jehová de los ejércitos. (vv. 13-15)*

La viña de Dios es su pueblo. Este pueblo no le pertenece a los ancianos ni a los líderes. Ellos no son sus dueños absolutos, libres de hacerle lo que ellos quieran. Y aún si fuesen sus propietarios, no debían explotar con tal avaricia la viña que Dios les había confiado, no dejando nada para que el pobre cosechara.

C. EL FEMINISMO: LA IMAGEN PRESENTE DEL HUMANISMO

Luego el profeta examina los efectos de esta tendencia del hombre de colocar su confianza en

él mismo, la de idolatrarse él mismo (humanismo), sobre la mujer. Él deja al descubierto que mientras esta auto-confianza del hombre produce el colapso de su autoridad, i.e., su feminización (es decir, una sociedad colapsada sin fuerza), tiene, por otro lado, un efecto contrario sobre la mujer quien llega a ser masculina, muy parecida al hombre. Esto es lo que hoy llamamos *feminismo*. De hecho, el feminismo no es sino un subproducto del humanismo. Si el hombre abandona lo que le da su fortaleza, la confianza que pone en el Dios verdadero, inevitablemente verá a la mujer – a su vez – perder toda confianza en el hombre. Debemos recordar que mientras que el hombre es la gloria de Dios, la mujer es la gloria del hombre. Mientras que el hombre es la ayuda de Dios, la mujer es la ayuda del hombre. Así como el hombre es, así será su esposa. Si el hombre es piadoso y fiel, es decir, verdaderamente hombre y plenamente masculino, su esposa, su opuesto, será verdaderamente mujer. De modo que el florecimiento, la femineidad de la mujer, dependerá del hecho de que su opuesto sea verdaderamente un hombre, es decir, un hombre que dependa de Dios y no de sí mismo. Así que, cuando el hombre rechaza su relación de dependencia para con Dios, la mujer, su opuesto, llega a ser incapaz de realizar una relación de verdadera dependencia para con él. Es entonces que experimentará la irresistible atracción a la autonomía, la independencia, la falsa libertad. Aquí vemos la verdadera fuente del feminismo. Para pelear contra este azote que destruye el cuerpo de la sociedad, debemos atacar el problema de raíz: la auto-dependencia del hombre, su idolatría de sí mismo. Pues aunque el humanismo es la adoración del hombre, el feminismo es el subproducto. Es la adoración de la mujer. Y ambos portan la marca de rebelión contra Dios.

Isaías comienza con una descripción de la mentalidad feminista de su época:

*Asimismo dice Jehová: Por cuanto las hijas de Sion se ensoberbecen,
y andan con cuello erguido y con ojos desvergonzados;
cuando andan van danzando,
y haciendo son con los pies.”* (v. 16)

En pocas palabras, tenemos aquí una vívida descripción del caminado físico de estas orgullosas mujeres, una descripción completa desde la nuca hasta los tobillos, desde la cabeza hasta los pies. La actitud de estas mujeres se caracteriza por su *orgullo*. Piensan de ellas mismas de una forma muy elevada; se catalogan hasta lo más alto según su propia opinión. Toda su actitud es lo opuesto a la humildad y la modestia. Todo en sus cuerpos muestra un sentimiento de superioridad y dominancia. Todo en ellas está diseñado para anunciar que está pasando una mujer orgullosa y provocativa. Toda su actitud sugiere que la sociedad de Judá ha llegado a practicar el hedonismo, una ética que mira en el placer y en la felicidad física el único propósito de la vida. Para ellas – y en esto son el verdadero reflejo de sus hombres – la vida se resume en el antiguo proverbio “Comamos, bebamos y tengamos sexo, pues mañana moriremos.” Esta es la adoración de las apariencias, el deseo de manipular a otros. E. J. Youngs explica bien el verdadero resultado de tal actitud: “Cuando las mujeres se consumen en la vanidad total y se centran totalmente en ellas mismas, el cáncer de la decadencia moral consume el corazón mismo de la nación.”

Pero Dios no aguanta este orgullo de las mujeres más que el de los hombres. Mientras que para el último su juicio consiste en la destrucción de sus ídolos falsos, para el primero Él mismo desgarrará la fineza barata de su falsa belleza:

Por tanto, el Señor raerá la cabeza de las hijas de Sión,
y Jehová descubrirá sus vergüenzas.

Aquel día quitará el Señor el atavío del calzado,
las redecillas, las lunetas, los collares,
los pendientes y los brazaletes, las cofias,
los atavíos de las piernas, los partidores del pelo,
los pomitos de olor y los zarcillos, los anillos,
y los joyeles de las narices, las ropas de gala,
los mantoncillos, los velos, las bolsas, los espejos,
el lino fino, las gasas y los tocados.
Y en lugar de los perfumes aromáticos vendrá hediondez;
y cuerda en lugar de cinturón,
y cabeza rapada en lugar de la compostura del cabello;
en lugar de ropa de gala ceñimiento de cilicio,
y quemadura en vez de hermosura. (vv. 18-24)

¿Cómo llegará a suceder esto? La catástrofe que derribará a tierra esta civilización de rara sofisticación es la invasión y la destrucción de la guerra: “Tus varones caerán a espada, y tu fuerza en la guerra” (v. 25). Entonces el profeta se vuelve hacia la puerta de la ciudad – el lugar donde se reúnen los ancianos, a quienes se les confiaba el gobierno de la ciudad – para describir la calamidad: “tus puertas se entristecerán y enlutarán, y ella, desamparada, se sentará en tierra” (v. 26).

Aquí se describe la santa ciudad como una mujer sentada en la tierra y desconsolada. Su orgullo finalmente se ha humillado. Y este estado de completa humillación es por el que todos debemos pasar si queremos encontrar una vez más a nuestro verdadero Señor, aquella Vid del Señor que es la gloria del Padre y quien sabrá como cuidar de su esposa, Jerusalén, la santa ciudad, nutrirla con su propia vida y vestirla con su gloria. Este es el tema al cual se vuelve Isaías en el siguiente capítulo de su profecía:

En aquel tiempo el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria, y el fruto de la tierra para grandeza y honra, a los sobrevivientes de Israel. (Isa. 4:2) C&S

Este artículo fue publicado originalmente en la revista *Christianity & Society*, publicada por la Fundación Kuyper, correspondiente al mes de Abril de 1999. Visite el sitio web de la Fundación Kuyper: www.kuyper.org

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>